



DON FRANCISCO DE QUEVEDO
CON OCASIÓN DE UN LIBRO RECIENTE

II

La misoginia de Quevedo.—Idea de la mujer en ciertos estados sociales.—La mujer no es sino un producto del estado social general.—La venalidad.—Sátira contra el matrimonio.—Quevedo se casa.—El matrimonio se le frustra.—Muerte de Doña Esperanza de Aragón.—Retrato de Quevedo.

QUEVEDO, casado, es una anomalía biográfica, aunque por lo general sea el matrimonio paradero y cuartel de inválidos de todos cuantos varones se pasan la vida abominando y maldiciendo de él. Que fuese Quevedo misógino, no puede dudarse; pero su misoginia más parece recurso siempre socorrido para dar tela á jácaras y sonetos, que mal concepto razonado del sexo femenino, ó sea convicción positiva de su inferioridad. Esta última ni

¹ Véase el primer artículo de esta serie en el número anterior.

la tuvo ni pudo tenerla Quevedo en el país donde estaba fresca aún la memoria de Isabel la Católica, y destellando aún chispas de luz la santidad y hermosura intelectual de Santa Teresa; donde Felipe IV pedía á la Venerable de Agreda consejos honrados, que no sabían ofrecerle los magnates de su corte.

En este particular, como en otros muchos, Quevedo, con su asombrosa ductilidad de espíritu (prenda que sobresalió en él cubriendo la deficiencia de originalidad), fué exacto intérprete de las tendencias de sus contemporáneos. En épocas de decadencia política y social, cuando las costumbres se relajan y corrompen y el decoro espira, hace cabriolas la sátira repicando cascabeles, y la imagen de la mujer se convierte (según frase de un admirable escritor moderno) en "estampa obscena.". No es á la mujer (en cuanto ser dotado de racionalidad) á quien sepulta en cieno la musa bufonesca, reflejo de la desbocada conversación; es á un instinto común á los dos sexos, pero

que el masculino asaetea á burlas (mientras se entrega á él sin freno ni reparo). La caricatura de la mujer no es más que la caricatura de la atracción sexual. Dos clases de hombres suelen descollar en esto de maldecir de la mujer y sus trazas, cebos y engaños: ó los místicos abrasados de tentaciones, que en vez de renegar de su propia flaqueza reniegan de lo que inocentemente la causa (semejantes al borracho que descarga en el vino al reato de su culpa), ó los desaforados calvatruenos, que rebosando moral de madrugada, ó, digámoslo en francés, de *lendemain*, hacen de la indigestión virtud, y predicán como el diablo, de puro hartos. La moderación y la justicia, en estas delicadas cuestiones, suelen ser patrimonio de los que ni desdeñan ó violentan á la naturaleza, ni menos descienden al nivel de la bestia obedeciendo á la naturaleza sola.

En la sociedad que encarna y expresa profundamente Quevedo, juzgo más fácil encontrar místicos y libertinos, que no

filósofos saturados de equidad y templanza. La fe religiosa (á veces desligada de todo sentido moral) no escaseaba; el desenfreno de las costumbres era creciente. La compleja y rica personalidad literaria de Quevedo no es sino curiosa y típica amalgama de estas tendencias sociales coexistentes y que vivían en buena armonía, sin estorbarse.

En todo lo escrito por Quevedo contra las mujeres y el matrimonio hay, no obstante, más malicia que saña, más picante que amargo, más procacidad que fundado desprecio. Para la causa de los intereses de la mujer, tal cual hoy la entendemos, son quizá más temibles los serios y doctos tratados de Vives y Fray Luis de León, que las chuscadas, bufonerías y enormes licencias rabelesianas del poeta de cuatro ojos. Lo repito: las invectivas de Quevedo, aunque en apariencia dirigidas contra las mujeres, alcanzaban á toda la sociedad de su época, que nos aparece, vista al través de sus obras satíricas, corrompida hasta la medula, y sobre todo venal: una

sociedad puesta en subasta, al mejor postor las caricias amorosas, al mejor postor los cargos públicos, los más altos.

En los *Sueños* y en las *Letrillas satíricas* es donde Quevedo carga la mano. La pintura, por su energía y su lujo imaginativo, recuerda tal vez los famosos *Caprichos* de Goya; son las mismas voraces cortesanas, respirando provocación, contoneando la cintura, sin fisonomía propia, todas iguales, tapadas de medio ojo, todas mirando de soslayo, todas envueltas en la sombra del manto que Goya ha de transformar en la nube de blonda de la mantilla. Son las mismas dueñas ó brujas horribles, las mismas madres Celestinas, enseñando ardidés y tretas infames; es la propia caricatura del hombre incauto, representado por un pollo á quien despluman bonitamente las Maritomás. En rigor, lances de guerra, y Quevedo, al referirlos, antes parece que se ríe de los desplumados que de quienes los pararon tales. En efecto: si la ironía de Quevedo se ejercitaba contra las

pedigüeñas, era por huir de otro terreno más resbaladizo, por no restallar el látigo en las espaldas de encumbrados personajes, de aquellos que, según frase del mismo Quevedo, "los tenía quien los compraba". Cuantas veces había experimentado el poeta la verdad profunda de cierta letrilla que lleva por estribillo:

«Poderoso caballero
Es Don Dinero...»

y visto que una bolsa podía "hacer iguales al señor y al jornalero", y "dar al bajo silla, y volver guerrero al cobarde, y romper recatos, y ablandar al más severo juez", con otras maravillas que sólo obra el taumaturgo doblón. Si esto era lo natural, lo corriente, lo que se observaba desde la cabaña al solio, ¿qué mucho que las "damas" trajesen afiladas las uñas, y que se pudiese escribir de ellas:

«Nunca vi damas ingratas
A su gusto y afición,
Que á las caras de un doblón
Hacen sus caras baratas;
Y pues las hace bravatas
Desde una bolsa de cuero...»

Poderoso caballero
Es Don Dinero.»

Contra siete vicios hay siete virtudes, y Quevedo, para el mucho pedir, inventa el ningún dar. Lucha curiosa y nada caballeresca entre la cortesana pidiendo y el libertino negando. La musa moderna, la novela naturalista francesa, que descien- de á las más cenagosas simas del vicio— *Nana*, por ejemplo,—no tiene este acento sardónico y cínico, *De profundis* del sentimiento ideal amoroso. Oigamos el diá- logo, que es de perlas.

GALÁN. «Si queréis alma, Leonor,
Daros el alma confío.

DAMA. ¡Jesús, qué gran desvario!
Dinero será mejor.

.....
GALÁN. Como un oro, no hay dudar,
Eres, niña, y yo te adoro.

DAMA. Niño, pues soy como un oro,
Con premio me he de trocar.»

.....
Y ya convencido el pretendiente de que
oros son triunfos, endecha de este modo:

«Vuela, pensamiento, y dile
A los ojos que más quiero,
Que hay dinero.

Del dinero que pidió
A la que adorando estás,
Las nuevas la llevarás,
Pero los talegos, no...
A los ojos, que en mirallos
La libertad perderás,
Que hay dineros les dirás,
Pero no gana de dallos...»

Sabido es que en ningún tiempo se ha de tomar al pié de la letra toda la sátira, pero tampoco puede prescindirse de esti- marla como indicio y sintoma de un esta- do social, especialmente si concuerdan sus revelaciones con las que pueden encon- trarse en otros documentos de distinta ín- dole. Satirizó Quevedo, al tratar espe- cialmente de la mujer, varias flaquezas que fueron, son y serán inherentes á la condición humana mientras ésta no cam- bie de un modo que hoy no podemos ni aun prever; satirizó cosas que no son in- trínsecamente buenas ni malas, sino indi- ferentes, como ciertos pormenores de adorno, afeitó y tocado; pero hay puntos en que su sátira descubre en las relacio- nes sexuales del siglo xvii, un nivel más bajo que el de hoy (hablando en general)

por lo que respecta á desinterés y decoro. Sus recias invectivas, dirigidas á la mujer, no han de entenderse, como las entendió doña María de Zayas, en desdoro del sexo, sino en desdoro de toda la sociedad contemporánea, pues de cierto las mujeres, lejos de *hacer* la opinión y las costumbres, desde tiempo inmemorial *padecen* ambas cosas.

En las letrillas satíricas parece la sátira menos sincera y más artificioso el sarcasmo que en los sonetos que figuran en la *Adición á las Musas*, donde el tono de relativa gravedad deja entrever algo semejante á dolores y á hiel de desengaños, verbigracia, cuando Quevedo dice que preferiría

«Ciento y cincuenta libras de pobreza,
Treintá y cinco quintales de dolores,
Y aun estoy por decir verme casado,
Que verme otra vez puesto en tal bajeza
Que ponga mi querer y mis amores
En quien pone en mi bolsa su cuidado.»

Más que en las desvergonzadas letrillas, es en estos sonetos donde Quevedo arrastra á la mujer á las gemonías, y ya enu-

mera á cuantas famosas registra la mitología—echando en el mismo saco á Pasifae y á Minerva, para concluir con este mal verso, calumnioso por lo que á Palas Atenea se refiere:

«Todas al hombre dieron gusto al cabo...»

—ya suelta á quemarropa esta terrible descarga:

«Muy buena es la mujer si no tuviese
Ojos con que llevar tras sí la gente,
Si no tuviese lengua maldiciente,
Si á las galas y afeites no se diese;
Si las manos ocultas las tuviese,
Y los piés en cadenas juntamente,
Y el corazón colgado de la frente,
Que en sospechando el mal se le entendiese.

Muy buena, si despierta de sentido;
Muy buena, si está sana de locura;
Buena es con el gesto, no raída.

*Poco ofende encerrada en cueva oscura,
Mas para mayor gloria del marido,
Es buena cuando está en la sepultura.»*

La mala inteligencia, ó mejor dicho, el odio secular entre los dos sexos que componen la especie humana, quizá nunca habrá arrancado á la musa declaración de guerra tan espontánea.

Pero donde Quevedo vació el carcaj, fué en los *Discursos satírico-morales* y en los *Discursos festivos*. En el *Alguacil alguacilado* espántase de ver que entre los ladrones no figuran en primer término las mujeres, á lo cual responde el espíritu: "No me las nombres, que nos tienen enfadados y cansados, y á no haber tantas allá, no era tan mala habitación el infierno, y diéramos porque enviudáramos en el infierno mucho." En *Las Zahurdas de Plutón* vemos que se van "las mujeres al infierno tras el dinero, y los hombres tras ellas y su dinero, tropezando unos con otros." En *El Mundo por dentro* nos hacen reír las viudas, muy recoletas de ojos y muy estreñidas de boca, que por defuera tienen un cuerpo de responsos y por de dentro un ánima de aleluyas, y dejan obscuro el aposento y cubiertos los rostros con el manto para fingir lágrimas cuando sus ojos están hechos una yesca, mientras las solícitas amigas venidas al duelo hacen su oficio susurrando ya al oído de la doliente el nombre del

galán que ha de ser su consolador.— Pocas páginas más adelante, Quevedo reniega del sentimiento amoroso con una energía sañuda, en que vemos estrechamente unidas sus dos personalidades de escritor satírico y escritor ascético. El pasaje es digno de que nos fijemos en él, no sólo por su admirable belleza literaria, sino por lo bien que explica á Quevedo, tan mujeriego como misógino. "Venía— dice— una mujer hermosa trayéndose de paso los ojos que la miraban, y dejando los corazones llenos de deseos... Vila, y arrebatado de la naturaleza quise seguirla entre los demás, y á no tropezar en las canas del viejo, lo hiciera. Volvíme atrás, y diciendo: Quien no ama con todos sus cinco sentidos una mujer hermosa, no estima á la naturaleza su mayor cuidado y su mayor obra. Dichoso es el que halla tal ocasión, y sabio el que la goza. ¡Qué sentido no descansa en la belleza de una mujer que nació para amada del hombre! De todas las cosas del mundo aparta un amor correspondi-

do, teniéndole todo en poco y tratándole con desprecio. ¡Qué ojos tan honestamente hermosos! ¡Qué mirar tan cauteloso y prevenido en los descuidos de un alma libre! ¡Qué cejas tan negras, esforzando recíprocamente la blancura de la frente! ¡Qué mejillas, donde la sangre, mezclada con la leche, engendra lo rosado que admira! ¡Qué labios encarnados guardando perlas que la risa muestra con recato! ¡Qué cuello! ¡Qué manos! ¡Qué talle! Todos son causa de perdición, y juntamente disculpa del que se pierde por ella., El viejo interviene, arrojando un cubo de hielo sobre el entusiasmo del mozo. “Hasta ahora te juzgaba por ciego, y ahora veo que también eres loco... Sábetete que las mujeres, lo primero que se visten en despertando es una cara, una garganta y unas manos, y luego las sayas... Si se lavasen las caras, no las conocerías; y cree que en el mundo no hay cosa tan trabajada como el pellejo de una mujer hermosa... Si la besas, te embarras los labios; si la abrazas, aprietas tablillas

y abollas cartones... Dame á entender de qué modo es buena, y considera ahora *este animal soberbio con nuestra flaqueza, á quien hacen poderoso nuestras necesidades* (más provechosas sufridas ó castigadas que satisfechas), y verás tus disparates claros... y avergüénzate de andar perdido por cosas que en cualquier estatua de palo tienen menos asqueroso fundamento.,

Es evidente que la mujer, entendida así, no puede dictar más poesía que la especial de Quevedo. Empezando por considerar á la mitad del género humano como impura y envenenada fuente donde apaga la otra mitad una sed vergonzosa, ni son otros los madrigales que inspira y merece, ni más se puede esperar del concepto groseramente pesimista que de la atracción sexual tiene Quevedo, quien en este particular profesa la que llama doña María de Zayas “opinión *lega y descortés*., añadiendo que no es justo la sostengan “los que son nobles, honrados y bien entendidos, pues no lo es, ni lo puede

ser, el que no hace estimación de las mujeres».

Aún más acerba, si es posible, que la matraca á las mujeres mozas, tentadoras y pecables, es la que por boca de Quevedo sufre la mujer anciana, ó sea «la dueña». Mientras el viejo personifica la sabiduría, la experiencia, el desengaño, para la vieja no hay asomo de veneración; antes un diluvio de pullas y dicerios, sazonados con sal gruesa y sin gran novedad ni tanto donaire como el que desplegó Cervantes tratando más sucintamente el mismo asunto. En esto también veo en Goya reflejos de Quevedo; las mujeres del satírico y las del caricaturista sólo tienen dos estados: ó pecadoras ó brujas; ó pecando ó endilgando pecados; ó enganchando corazones ó revolviendo en infernal caldera la horrible mixtura y haciendo el catálogo de las mágicas herramientas que ha de heredar un día la moza á quien hoy requieren los galanes.

«La cecina de sapos conjurada;
El gato negro, que la dicha araña;

El licenciado imán, piedra barbada,
Cansada de ser carne y de ser uña,
Los ofrezco á mi nieta la Cascada
Para cuando concierte, junte y gruña.»

En el precioso *sueño* titulado *Casa de locos de amor*, aun cuando Quevedo satiriza el frenesí amoroso en los dos sexos, la mujer lleva, como siempre, la peor parte, y tan mala, que diríase que toda la humanidad del género femenino mora por necesidad en una sala de clínica, una especie de Salpêtrière moral. Ningún médico moderno de los que afirman que la mujer tiene en su sistema nervioso un germen de perpetuo desequilibrio, ó como dicen nuestros vecinos, de *détraquement*, encontraría la variedad y riqueza de matices que para describir el mal de las Medeas y de las Fedras derrocha Quevedo. Entre los cuadros que expone, pasma por su desenfado el concerniente á las monjas, que no cede el paso á ciertas descripciones contenidas en *La Religiosa*, de Diderot.

Después de las invectivas generales contra el sexo, y que fuera cuento de